



PUBLICACION OCASIONAL

AÑO VII }

Cara Patria, Carior Libertas!

} Núm. 115

FRAY GERUNDIO

QUITO, 21 DE ABRIL DE 1906

POR LA PATRIA

Da pena y al mismo tiempo se enciende uno en santa cólera al revisar la enorme lista de personas que, por gracia y favor de su real alteza, el Jefe Supremo de la República, han de ir á representarnos en el extranjero.

Con raras excepciones, la mayor parte de esos caballeros son gente tan burda y tan lega en achaques de diplomacia, que, no sabemos cómo podrán desempeñarse en el exterior.

¡Qué cónsules, Dios santo, qué cónsules los que se está nombrandol!

Igualitos á los que tanta gloria y tanto lustre dieron á don Eloy el 95.

Si este señor fuera patriota de corazón, si este señor quisiese de veras la honra de nuestra patria, debía tener más cordura, más tino, más prudencia en la elección de los agentes diplomáticos.

“La patria—dice un gran filósofo—es más digna de respeto y de veneración que un padre, que una madre y que

todos los parientes juntos, su puesto que ella abraza, todo lo que la naturaleza tiene de más estimable y de más sagrado”.

Ante la majestad augusta de la patria, desaparecen en absoluto las pasiones de bandería, las venganzas personales, las bajezas del egoismo; á la sombra del estandarte bendito de la patria, no puede haber sino hermanos.

El Jefe Supremo ha debido tener presente esta verdad, y encargar tan delicados puestos á ciudadanos de talento, luces, patriotismo y posición social, y no á vulgaridades de tomo y lomo, que lejos de darnos afuera honor, nos han de ir á desacreditar y, talvez hasta á infamarnos.

En manos del Sr. Alfaro está proceder de un modo más correcto, en lo sucesivo.

CARTA ABIERTA

Sr. Dn. Rosendo Uquillas B.
Ciudad.

Estimado Rosendo:

Por mucho que te quiera, que te estime, que te admire, no puedo menos, aunque tarde y esté mal el hacerlo, que desembuchar las verdades que se me están pudriendo en el pecho; verdades originadas por la representación de tu tan escandaloso drama, que ni el de Pérez Galdós, ese drama llamado, si la me-

moría no me burla, *Electra*, y que levantó polvareda inmensa entre cierta gente, á quien no califico por ahora.

¡Ay, Rosendo de mis entretelas, qué desgraciados somos los que, como tú, abandonamos nuestro terruño y vinimos á esta ciudad de San Francisco de Quito, donde tenemos que habérnoslas con tipos por demás burlones y chanceros, que ni los mismos de Andalucía, ó anda á la porra, como dice un listo amigo mío! Tenemos que confesar, por hartito que nos duela, las rechiflas con que nos regala la ciega de la suerte, en nuestra peregrinación sobre la tierra.

¡Cuántos ideales fracasados, cuántas esperanzas fallidas, cuántos ensueños esfumados, cuánto pensar chirle! Estoy por creer, y no sólo por creer, sino por revelarlo al mundo todo, que la fortuna ó el destino, ó lo que sea, nos ha visto la cara y nos ha hecho el juguete diario de sus caprichos. Tú mismo, inestimable amigo mío, á la hora de hoy, eres el blanco de las burlas terribles de esa deidad representada con ojos del Dr. Vela. Cuando bien hubieses estado en tu pueblo, tranquilo, limpio de zozobras y quebrantos, ya sea arando la tierra, ya sea cargando fardos, ó bien ayudando misa, ó bien repicando las campanas, se te mete en el caletre, como Pedro por su casa, la idea de redimir á la humanidad, que es la idea peor de todas, al decir de los positivistas, y te vienes, *comiendo hambre y bebiendo sed*, por estos trigos de Dios, donde á cada paso se topa uno con un zumbón y con otro que le toma el pelo, como decía el baturro. Francamente, querido Rosendo, mejor hubieses estado sacando cla-

vos con los dientes para ganarte el pan cotidiano, que haberte metido, empujado por tus ideales ó enfermedad, que allá se van á dar, en esta fregado, de redentor del linaje humano, y del cual no atinarás á salir bien parado.

Hace noches mismo, aquí que nadie nos oye, al ver la rechifla muda que recibiste por la representación de tu drama, denminado *Los dos Expósitos*, estaba al punto de marcharme al otro barrio. ¡Qué juicios, por Dios, qué juicios! Eran unos para poner los pelos de punta, otros para poner la carne de gallina, aquellos para desgargantarse de risa, pero todos para darnos á los diábolos, como el otro que se daba á los perros. ¿Sabes lo que decían de tu drama, ó de tu mamarracho, según lo calificó un pícaro radical fanático? Que, cuando escribiste *esa obra literaria*, has de haber estado tocando el violón ó pelando la zorra; que la naturaleza, al juzgar por todos tus escritos, te ha parido un poco tonto, pero que tú, con la última representación de tu ridiculez,—así lo decían,—habías manifestado ser muy agradecido con ella—no con la ridiculez, sino con la naturaleza—presentándote como un loco de atar y digno de que, después de hacerte un examen á lo Lombroso, te expongan á la admiración universal.

Los radicales, y de los más exaltados, soltaban la baba de puro coraje. No hemos visto, gritaban, entre alegres y avergonzados, una motera como la de Rosendo; la primera en su especie, entre las romas, se entiende. Los liberales, y de los más convencidos, con la risa en los labios y la indignación saliéndoles por los ojos, andaban de acá para allá, declamando cada chiste que era para deshacer el cuerpo de gozo, cada burla que, al oírla, nos producía retrósciones de estómago. Y los conservadores, *esos eternos enemigos de la luz*, con la peor de las carejadas, con la del sarcasmo, juraban y reñaban que cosa mejor, como tu drama, no habían visto en la vida; que tu majadería,—así hablaban esos meagados—era la mejor defensa de los Jesuitas; que éstos, si acaso quieren demostrar la clase de enemigos que tienen en el Ecuador, deben, después de pagarte tu trabajo, costar una, y dos, y tres, y mil veces, la representación de tu composición teatral. Más yo y

contigo los de la *Cervantes*, especialmente el becqueriano Moneayo, y el postalero Fernández, están de acuerdo, lo expresó el eximio periodista Porras, que tu drama es el golpe de gracia dado á la Compañía de Jesús; y que ésta, nuestra jurada enemiga, no aguantará la repetición de *Los dos Expósitos*, porque, debido á tu talento, á tu talento, admirable Rosendo, comenzará á desaparecer esta tarde misma del planeta.

No importa, pues, que los vituperios se ciernan sobre tus ásperos lomos que, dicho sea de paso, están cubiertos de buenos pellejos, que ni los de un búfalo, sí, lo que es muy probable, alcanza á esterminar á los Jesuitas, á la brevedad posible, talvez la otra semana. Tú, á Dios gracias, ó al diablo, tienes buen agnante, para que vayas, de buenas á primas, á descorazonarte ó, mejor expresado, á caer del burto. Tú te sientes libertador y apóstol de una *regeneración* que, si bien es cierto que tu propia capacidad no alcanza á columbrar, llegará á efectuarse algún día, merced, en gran parte, á tu incomparable drama, el cual, según mi parecer, irá rodando, de teatro en teatro, por el globo en que habitamos, en compañía de los otros animales. Y después que hayas salvado á los hombres, aunque te quedes jorobado, principiarás á elaborar por la redención de los brutos; y entonces sí, estupendo dramista, llegará el momento de que se te haga justicia.

No existirá, me lo dice el corazón, un Dr. Porras que ponga sobre tu cabeza corona meritisima; mas, en cambio, no faltará un jumento regenerado que te ponga en los cuernos de la luna, con mayor facilidad y elocuencia con que se colocan mecheros en las torres.

Respecto á la parte literaria de tu último parto, no sabré encargarte lo como se merece. Me tiene estupefacto y patidifuso el lío que has formado con Juana, el padre Luis, la hermana de la caridad, el doctor, Alejandrina, Manuel, Dolores y el consabido paje. Si te ha de hablar la verdad, semejante drama no lo hubiesen zurcido, en la vida entera, ni Sófoeles y Terripides, entre los griegos; ni Corneille y Racine, entre los franceses; ni Shakespeare y Doyden, entre los ingleses; ni Calderón y Cienfuegos, entre los espa-

ñoles; ni Torres y Rañón entre los ecuatorianos. ¡Qué personajes los tuyos, qué personajes! Doña Juana es una mujer sin parecida, á lo menos entre las quiteñas. Le da una enfermedad terrible, de la que no puede salvarla el médico, á pesar de los conocimientos que posee, como los de un barchilón ó abogado; y, cosa rara, en los estertores de la muerte, llama á Manuel para, en un predique largo, larguísimo, requeter largo, como los chorizos editoriales de *El Tiempo*, hacerle saber que no es hijo de ella, Manuel, no *El Tiempo*; después de lo cual, es decir, de tanto predicar y filosofar, suelta el pellajo, en presencia del padre Luis, á quien trata como á un trapo, cosa también en extremo rara, en tratándose de una mujer quiteña. Es el primer caso, á lo que sé, de una hija del Pichincha que se cae en el sepulcro sin haberse confesado y comulgado, cuando muy bien pudo hacerlo. ¡Qué verdad la tuya, verídico Rosendo! ¡Cómo se comprende el gran talento que tienes para estudiar y pintar los usos y costumbres de los pueblos que visitas! El padre Luis, de la orden de la Compañía de Jesús, resulta ser el más torpe de los hijos de Loyola, si torpes ha habido entre ellos, cosa que no ha llegado hasta ahora á mis noticias; pues á lo mejor, si cordura alguna, como lo hiciera un abieca, se declara padre de los dos expósitos, Alejandrina y Manuel, y quiere besuquearlos y matarlos con sus abrazos. Había oído, y leído también, que á los jesuitas nadie, hasta la presente, les había imputado un hecho, de una manera concreta, del calibre que tú achacas al padre Luis y, en su persona, á la Compañía de Jesús; pero, ¡oh fortuna! tú has dado como quien dice, con la mina. De hoy en adelante, apenas salgan esos monstruos del Ecuador, no habrá más niños botados en la calle y arrojados en el arroyo; porque, á lo que tú afirmas, aquéllos son los únicos padres de todos los expósitos. ¡Valiente descubrimiento! Ya sabe la Policía dónde está el mall! Alejandrina, hija expósita resulta ser, sin embargo de la educación esmerada que recibió de su madre adoptiva, la terrible Juana, que muere como un toro, una de tantas, casi una *voladora*, como dicen los chullalevas. Apenas Manuel, de un modo risi-

Die, le revela que él no es su hermano, cuando ella, con la mayor desvergüenza del mundo, le propone matrimonio, y ya, y ya, y ya le da la mano. Manuel, hijo de Dolores y del reverendo Luis, prohijado por Juana y hermano de padre de Alejandrina, que un tipo de lo más peleele. ¡Qué sencillote, por Dios, qué sencillote!

Si le cuentan que él no es hijo legítimo, lo convezza á todos los que le salen al paso, principiando por hacerlo con la madre de la Caridad, quien se presenta en el cuarto del huérfano llevando una carta para Alejandrina; carta enviada por una vieja que ha muerto en el hospital, y en la que comunica á aquélla que es hija del padre Luis, al mismo tiempo que le pide perdón por haberla abandonado. ¡Qué papel el de la pobre monja, y qué pechuga la de la madre de Alejandrina! ¡Bien hecho que se murió! La madre de Manuel, la vieja Dolores, es una tía de las que hay en el barrio. El mismo al otro día que entierra á Juana, va en busca de Manuel, y después de un momento de parloteo, se da á conocer de su hijo, entre gritos y más gritos, como en una cosecha. Esto es patético, querido Rosendo. Cuán aliviado quedaría tu cacumen cuando terminaste de escribir este drama estupendo.

Y el orden de las escenas, sobre todo, es lo que me encanta. Juana, una matrona distinguida y de muchos reales, aparece quejándose en una cama de Chillo, que vi la de un nabero, en un cuarto de lo más destartado y misérrimo. Entra el médico, que ni es tal médico, ni nada que se le parezca. Bizma á la enferma, ordena que llamen á un fraile, y se va. Juana pide quedar, se sola con Manuel para decirle ¡qué barbaridad! que éste es hijo de una pu...ritana y que cuida de Alejandrina. Entra el padre Luis al cuarto de la moribunda, que ni parece que le duele, según la energía de su voz y la facilidad de su palabra. Después de un tosido y de otro tosido, de un ay y de otro ay, le dicen cuantas son cinco al consabido fraile, fuera de hacerle comprender que él, y no otro, es el padre de Manuel. En esto, talvez á consecuencia de tanto charlar, le acomete un paroxismo, y, llamados por el padre Luis, entran Alejandrina y Manuel. Dimes y directes

entre éste y el padre, y se muere Juana, dejando una cuantiosa fortuna á sus expósitos, y chillan éstos, y el padre Luis reza, y cae el telón, y se ríe la concurrencia, y todo el mundo bate palmas. ¡Qué acto tan sublime, incomparable Rosendo! Hasta ahora me zumban los oídos con las risas y chacotas que produjo su terminación. Uno decía: quién fuera expósito, aunque sea el fruto de las debilidades de un religioso, para que me boten, y me recoja una Juana, y me den de comer como á príncipe, y me eduquen, y me leguen un tesoro. Otro exclamaba: hizo bien la madre de Manuel en abandonarlo; porque, de lo contrario, aquél no hubiese sido tan feliz como lo es al presente. Todos decían: más vale así; ojalá á todos nos hubieran botado; distinta sería nuestra suerte.

Y el segundo acto es más sublime todavía.

Aparece Manuel, estando de duelo, sentado en un sillón colorado y en una mesa con tapete rojo, como se acostumbra en Quito. Entra Alejandrina con una carilla la más sandunguera; abraza á Manuel; éste, entre acontecido y remolón, le dice que no es su hermano; Alejandrina replica que no importa, que ojalá sea verdad para casarse ella con él; sale aquélla del escenario; entra una monja, sola, solita, como no acostumbra á visitar las monjas; trae una carta de la madre de Alejandrina, que ha muerto en el hospital, y la entrega á Manuel; éste bota la carta al suelo, una carta de tanta importancia; va la monja al cuarto de Alejandrina; entra el paje á avisar que una vieja busca á Manuel; éste le contesta que éntre; aparece la vieja; se reconocen; entra el padre Luis; la vieja se sorprende; pone en conocimiento de Manuel que el sacerdote que tiene á la vista es su padre; el fraile dice que sí; Manuel dice que nó; salen la monja y Alejandrina; ésta sabe, por boca de Manuel, que el padre Luis es el autor de sus días; se sorprenden todos; el fraile abraza á Alejandrina; Manuel á Dolores, la monja se espanta; el padre Luis dice que parte para el Napo; la concurrencia grita, zapatea, silva; se acaba el acto; y tú, rubicundo como un tomate y henchido el pecho de alegría, te presentas á recibir la corona que el Dr. Porras, en nombre de la *Cervantes*, te en-

trega; y el público vuelve á reír, á zapatear y á silvar; y la *Compañía* de Jesús queda arruinada.

Salve ¡oh Rosendo! Salve. Desde hoy, el mundo te aclamará como á redentor; pues, lo que no han podido hacer los cerebros más esforzados, lo has conseguido tú. A vuestra pluma, pluma que la hubiese querido Cervantes para escribir su Quijote, se debe la destrucción de los Jesuitas.

¡Magnífica gloria la tuya!

Tu amigo que te envidia,

PEPE CONTRERAS.

CARTAS

Quito, abril 19 de 1906.
Reverendo Fray Curioso.

El Bosque,

Hermano:

Te escribo en verso esta carta de confianza, porque la prosa te cansa y todavía... no almuerzo.

Me pides con exigencia que te diga, sin misterio, cómo marcha el Ministerio y cómo va su excelencia.

¡Ay, queridísimo hermano! Don Eloy sigue parejo; por algo dirán: *moro viejo nunca ha de ser buen cristiano*.

¿Su Gabinete? De mofa; cada ministro *mamallo* merece un verso cantallo, ó mejor dicho una estrofa.

¡Montalvo! Apellido zorro en figura tenebrosa; para cochero, gran cosa; para ministro... ¡socorro!

¡Echanique! Un hombre huero, con barbas de *espiritista*; más que para *hacendista*, nació para panadero...

¡Nicanor! Se hace no más el radical avanzado; ha de morir confesado, como todos los demás.

¡Nuestro Julio! Siempre el mismo. Si no anduviera Román con el *duque de Tetuán*, se dejara de *laicismo*.

De las otras excelencias te hablaré oportunamente; inter tanto, anda prudente y cuida de tus dolencias.

Si ves en mi cebadal
á Moya, causando el daño,
le tumbas, le das un baño
y le quitas la señal. . . .

Y si respinga el moreno,
como suele suceder,
bien le puedes ya poner
un galápago y un freno.

Me mandas unos pepinos,
de esos que en el bosque ví;
también los hay por aquí,
pero son. . . . capitolinos.

Los expósitos Uquillas
de las Ligas-pen. . . . sadoras,
te piensan á todas horas,
y te mandan mil cosillas.

Te saluda el lego Abundio
y todos los del convento;
muy en especial tu atento
amigote,

Fray Gerundio.

Posdata.—Te comunico
que el simplón de Tirabeque
ha puesto cara de breque,
porque Dios le ha dado un chico.

Y escribe que pronto viene,
já vivir como convengal
Que venga el lego, que venga,
con su mocora y su nene.

BIENVENIDA.—Tenemos el honor de
presentar nuestra respetuosa bienvenida al
Excmo. Sr. Ministro de Chile en el Ecuador,
Sr. Dr. Dn. Francisco J. Herboza y
á su digna esposa Sra. María Correa.

No dudamos que en esta Capital, en
donde se tiene generales simpatías por el
pueblo chileno, la permanencia de tan distin-
guidos huéspedes les será muy grata y
muy feliz.

PESAME.—Muy sentido se lo enviamos
á los deudos del Sr. Dr. BENIGNO VI-
TERI y del Sr. ANTONIO J. CÁRDEAS, falleci-
dos recientemente en esta ciudad.

GRACIAS.—Profundamente reconoci-
dos quedamos del atento y bondadoso sa-
ludo que, á raíz de nuestra reaparición,
nos dirigieron "El Ecuatoriano" de Gua-
yaquil, "El Eco del Azuay" de Cuenca y
"La Patria" de Quito.

En una época en que á diario y por lo
bajo nos endulgan dieterios, infidencias y
hasta calumnias y sarcasmos los mismos
amigos, los mismos partidarios, los mismos
que debían reconocer siquiera lo que por
ellos hemos hecho; en una época así, de-
cimos, una voz de aliento, una palabra de
estímulo, un voto de aplauso lo recibe
nuestro corazón con verdadera gratitud.

Profundamente, pues, agradecidos que-
damos de los tres colegas, en especial de
"El Ecuatoriano" y del "Eco del Azuay"
por los conceptos demasiado generosos,
demasiado favorables que sobre nuestro pe-
riodiquito se han dignado emitir.

ENFERMOS.—Encuéntrense de grave-
dad los respetables caballeros, Sres. Dr.

Dn. Elias Laso y Sr. Dn. B-lisario Peña;
y las inteligentes afeoritas Josefina Vein-
temalla de Arévalo é Isabel Serrano de
Polanco. Hacemos votos por su pronta
mejoría.

SALUDO.—Muy atento y cordial se lo
enviamos á nuestros distinguidos amigos,
Sr. Pedro Monsalve, Sres. Dres. José y
Alejandro Ponce Elizalde, Sr. Juan Elias
Bocheli y Sr. Alfonso Alvarez, quienes,
desde hace algunos días, se encuentran en
esta Capital.

Les deseamos toda dicha en el seno de
sus respetables familias y numerosos ami-
gos.

POB LA CAUSA.—Se suplica á los
señores abonados á "El Ecuatoriano" de
Guayaquil, se dignen pagar, á la brevedad
posible, el precio de las suscripciones.

No concebimos cómo gentes acaudaladas
y que se las dan hasta de piadosas, esca-
timen una miserable peseta para sostener
la buena prensa.

Nunca como en los azarosos tiempos ac-
tuales, se ha hecho más necesario el pe-
riodismo católico; por consiguiente, cum-
ple á los que militan bajo la bandera de la
honradez, contribuir, á todo trance, á
sostenerlo.

Por otra parte, pocos, muy pocos son los
que estiman en lo que vale la obra impor-
tantísima que está haciendo no sólo allá,
á orillas del Guayas, sino en toda la Re-
pública el por mil titulos simpático *Ecuatoriano*;
una obra así merece todo género
de aplauso y de protección.

A nombre, pues, del Sr. Agente de di-
cho diario en esta ciudad, suplicamos á los
suscriptores se sirvan cancelar, prontamen-
te, sus cuentas.

CAPILLADAS

(POR FRAY GERUNDIO)

EUREKA.—Saben vuestras mercedes,
amables lectores, á dónde ha ido á tener-
las el pobre don Lizardo!

Pues este que fué nuestro excelentísimo
y bonísimo presidente ha ido á dar con su
oscuro bulto nada menos que en Barcelo-
na, sin duda para respirar los célebres per-
fumes.

Y lo peor del caso es que su señoría se
ha dado con la piedra en los dientes; por-
que los susodichos olores los consumió,
hace fecha, su ministro don Leonidas Pa-
llares, á juzgar por los *brindis* que nos
echa aquí en sus comilonas. . . .

¡Y dicen que el muy bendito se ha cam-
biado hasta de nombre!

¡Vaya con la ocurrencia de don Lizardo!

¡Por qué no se iría más bien á Londres?

Por esos mundos lo hubiera pasado mu-
cho mejor, puesto que cuando por allá es-
tuvo, arreglando la *Deuda* famosa, merced
á las consabidas *finanzas*, se abrió ancho
campo y adquirió magníficas relaciones.

En fin, quizás en Barcelona le soplen
mejores vientos.

POR AMBATO.—Dícese que el Dr.
Julio Fernández, Jefe Civil y Militar de
la provincia del Tungurahua, comete sen-
dos abusos y extorsiones.

No queremos oruparnos todavía del
asunto, hasta no tener los informes res-
pectivos. Tan pronto como los obtenga-
mos, largaremos nuestro bordón sobre las
cobrizas espaldas de esa roja autoridad.

RENUNCIA.—El General Castro, pre-
sidente de Venezuela, asegúrase, ha dimiti-
do el mando.

¡Que tan laudable-ejemplo imitaran los
demás del pacto de Ampala, cuánto les
agradecería la América!

OFENSA.—Y gravísima es la que aca-
ba de inferir el coronel Manuel Serrano,
Intendente de Guayaquil, al cuerpo médi-
co de esa ciudad, enviando á Lima algunas
botellas de agua potable, á fin de que se
haga el análisis bacteriológico.

¡Por ventura no había un Borja, un Co-
ronel, un Huerta, facultativos competen-
tes para el análisis?

¡Qué planchas tan mayúsculas las que
cometen sus empleados, señor Alfaro!

PREMIO GORDO.—Si señores, el pre-
mio mayor les ha caído hace cuatro días á
los militares que formaban el "Escuadrón
Reserva".

El Gobierno les ha enviado á sus casas,
dándoles los debidos agradecimientos por
los servicios prestados á la causa *restau-
dora*.

¡Por qué no se hará lo mismo con los
Jefes en comisión?

INSTANTANEAS
PARA LA HISTORIA... NATURAL
LXXX



UNA DE TANTAS

Yo soy moza de partido,
soy policía secreta,
delato hasta á mi marido
por ganar una peseta.

Y cuando voy al despacho
de mi Jefe perulero,
no tengo el menor empacho
en fregar al mundo entero.